

Solemnidad de la Santísima Trinidad 30 de Mayo de 2010

“El Espíritu de la Verdad, os guiará a la verdad plena”

Este día es como un resumen de lo que hemos celebrado en el tiempo de Pascua: el Padre nos ha salvado a través de la entrega de su Hijo y con el don del Espíritu. Celebramos el acontecimiento de que Dios se ha comunicado a los hombres tal cual es para “que vivan y estén llenos de vida” (Jn 10,10).

La Santísima Trinidad no es, en primer lugar, una fórmula del catecismo o un dogma. Mucho menos es un enigma religioso para que lo descifremos como un jeroglífico. Es el mismo Dios que ha entrado en Jesucristo en comunión con nosotros. Es Dios en sí y Dios para nosotros. Es el Padre ante quien comparecemos porque su amor se desborda sobre nosotros. Es el Hijo que se ha hecho hermano universal y hombre para los hombres. Es el Espíritu que ha sido derramado en nuestros corazones llenándonos de vida y amor.

Dios no es un ser solitario, impersonal. En su realidad más profunda, es una vida de comunidad, de apertura, diálogo y entrega mutua. Es pluralismo en la unidad. Su misterio nos orienta para realizar la utopía de una comunidad en la unidad de todos, respetando y aceptando las diferencias de cada uno, en la que el individuo no se pierda en la masa ni se endiose por encima de ella.

En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo comenzamos nuestras celebraciones cristianas. En nombre del Dios uno y trino recibimos en el bautismo la nueva vida incorporándonos a Cristo y a la Iglesia. Toda nuestra vida creyente está llena de la presencia de Dios, origen y fuente de vida, que ama y es amado. Misterio inefable y central en nuestra fe. Misterio que no aleja a Dios de nosotros, sino que lo manifiesta cercano, presente y activo en nosotros por el Hijo, impulsados por el Espíritu Santo.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, lo creó varón y mujer (Gen 1, 27). Por tanto, la imagen y semejanza de Dios no es el varón ni la mujer, sino el varón y la mujer. No es Adán ni Eva, sino Adán y Eva, el hombre acompañado, pues un hombre solo no es aún el hombre a imagen y semejanza de Dios. Por eso el hombre sólo puede vivir y realizarse en la convivencia y en el encuentro amoroso con sus semejantes.

La Trinidad no es un misterio para rompernos la cabeza, sino para salir cada uno de su egoísmo y componer entre todos la imagen y semejanza de Dios. A medida que

vayamos viviendo la comunión y construyendo comunidad, seremos “nosotros” delante de Dios, delante del “tú” de todos los hombres. Por eso la Trinidad no es sólo lo que Dios es para sí, sino lo que es para nosotros, tal y como lo revela Jesús. Esta revelación nos reúne a todos los creyentes para ser en el mundo el espejo de Dios. Creer en la Trinidad es construir comunidad, respondiendo a la iniciativa de Dios, uniéndonos los unos a los otros para que el mundo crea que Dios es amor.

La fiesta de la Trinidad nos recuerda que Dios es Amor y su gloria y su poder consiste solo en amar. Para nosotros, la gloria es siempre algo ambiguo y nos sugiere renombre, éxito por encima de todo, triunfo sobre los demás, poder que pueda con los otros. La gloria de Dios es otra cosa. Dios es sólo amor y, precisamente por eso, no puede sino amar. Sólo puede acercarse a nosotros para que nosotros podamos ser nosotros mismos. San Ireneo decía que “la gloria de Dios consiste en que el hombre esté lleno de vida”.

El Espíritu que nos guía a la verdad plena, nos invita no tanto a una operación intelectual o a una elucubración teológica, sino a una sencilla contemplación, para, en adoración y gratitud, decir de corazón: Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo.

Joaquin Obando Carvajal